

escojer entre llevar la guerra al pais enemigo ó sufrirla en el vuestro. Si Olinto resiste, entonces podreis combatir; y mientras devastáis los dominios del bárbaro, vuestras tierras y vuestra pátria estarán seguras. Pero si Filipo se apodera de la ciudad, ¿quién le detendrá en su marcha sobre Atenas? ¿Los tebanos? ¡Oh! si este juicio no es muy severo, creo que ellos se lanzarían unidos á él contra vosotros. ¿Los focidenses? Sin vuestro socorro no pueden guardar su pátria. ¿Qué otro pueblo, pues? Pero, se dirá, que Filipo no tiene este pensamiento. En este caso, ofrecería el absurdo de no ejecutar, en ocasion segura, una empresa que es el objeto actual de sus ambiciones, reveladas por su palabrería indiscreta. Entre tanto, cuán grande no es, para vosotros, la diferencia entre combatir dentro ó fuera de vuestro territorio! Una sola prueba lo demuestra. Si os fuese necesario acampar fuera de los muros solamente un mes, y hacer subsistir un ejército á costa de la Atica, aun en el caso de que estuviere libre de enemigos, las cargas que pesarian sobre los cultivadores de vuestros campos escederian á los gastos de la guerra precedente. Pero si la guerra viene aquí por sí misma, ¿en cuánto calculareis sus estragos? Añadid, para completarlos, el ultraje y el oprobio, azote el más cruel y temible, á lo menos para los hombres de honor.

Convencidos de estas verdades, socorramos á Olinto; llevemos la guerra á Macedonia; los ricos, para conservar con un ligero sacrificio el pacífico goce de los grandes bienes que poseen; los ciudadanos jóvenes, para hacer el aprendizaje de las armas en el pais de Filipo, y preparar temibles defensores á la inviolabilidad de vuestro territorio; vuestros oradores, en fin, para aligerar el peso de su responsabilidad, pues segun sea el resultado de los asuntos, así será vuestro juicio sobre su administracion. ¡Ojalá esto pueda realizarse por el concurso de todos!

QUINTA FILÍPICA, Ó DISCURSO SOBRE LA PAZ.

Introduccion.

Los esfuerzos de Demóstenes solo habian conseguido retardar un poco la caída de Olinto. Antes de la llegada de un último esfuerzo ateniense, el astuto Monarca se habia hecho abrir, á fuerza de oro, las puertas de la capital de la Calcídica. Se puede decir que Filipo compraba la Grecia más bien que la vencía.

Sin embargo, todos los viajeros que llegaban al Atica, procedentes de Macedonia, hablaban del amor de Filipo por la paz. Esta quedó convenida despues de lentas negociaciones, y Filipo fué nombrado miembro del Cuerpo anfictiónico, que era una especie de Dieta federal de la Grecia, y terminó la guerra sagrada con la destruccion de la Fócida. Pidió con instancia á Atenas que ratificase su nuevo título, y fué convocado el pueblo para deliberar sobre este importante asunto. (Año 3 de la Olimpiada 108; 346 antes de Jesucristo.)

Esta vez, Demóstenes no vaciló en pedir una solucion favorable al mantenimiento de la paz. No tenemos, quizá, una arenga, donde su destreza esté mejor ejercitada, por más que apenas se haga sentir.

Hacia este mismo tiempo, Isocrates, octogenario, dirigió al Rey de Macedonia un discurso, donde le exhortaba á establecer la union en la Grecia, proponiéndole los medios de conseguirlo. «Bastará, decia, hacer entrar en la confederacion á Atenas, Esparta, Tebas y Argos. Muchos griegos, añadia, os pintan como un Príncipe artificioso que solo desea invadir y tiranizar; pero, ¿cómo el que se gloria de descender de Hércules, del libertador de la Grecia, pensará en

hacerse su tirano? ¡Oh! Más bien ambicionaré pacificarla, pues esto merece un título más glorioso que el de conquistador.»

Discurso.

Conozco, ¡oh atenienses! cuán difíciles y embarazosas se han hecho las circunstancias, tanto por las muchas pérdidas que debemos á nuestra negligencia, como por la inutilidad de adoptar ya prudentes consejos; y más principalmente, porque lejos de discurrir unánimes en un solo medio de conservar lo que nos queda, nos hallamos divididos por nuestras opiniones. A estas dificultades de que está erizada la deliberacion, añadís vosotros, atenienses, otras nuevas dificultades: mientras que todos los demás pueblos toman sus acuerdos antes de verificarse los acontecimientos, vosotros aguardais á que los acontecimientos se hayan verificado. Por esto sucede (y lo he observado siempre) que aplaudís al orador que os reprende vuestras faltas, y sin embargo dejais perderse los asuntos, aunque sean aquellos mismos que se ponen á discusion. Pues bien, á pesar de tantos obstáculos, me he levantado con la esperanza de que, si pidiendo una tregua al tumulto y á los resentimientos, consentís en escucharme con la calma propia de un pueblo que delibera sobre la suerte de esta ciudad y de tan altos intereses, mis palabras os indicarán los medios de mejorar vuestra situacion y de reparar vuestras pérdidas.

Harto sé, atenienses, que recordar los consejos que se os han dado y hablaros de sí mismo, fué siempre la senda del buen éxito para quien se arma de audácia; pero esto es para mí una carga tan pesada, que retrocedo ante la evidente necesidad de echarla sobre mis hombros. Pienso, sin embargo, que apreciareis más las reflexiones que voy á presentaros, si dirijo vuestros recuerdos hácia algunas de mis palabras anteriores.

Desde luego haré notar que durante los trastornos de

la Eubea, y cuando ciertos oradores os aconsejaban socorrer á Plutarco y encargaros de una guerra dispendiosa y sin gloria, fui el primero, fui el único que corrió á la tribuna para oponerse á sus opiniones, y faltó poco para que me hicieran pedazos esos pérfidos que por un vil salario os precipitaron á cometer mil faltas enormes. Pocos dias habian trascurrido, y cubiertos de nueva vergüenza, abrumados de ultrajes, tales como jamás los ha inferido pueblo alguno de los que habia llamado en su defensa, reconocisteis unánimemente que los infames os habian engañado, y que el defensor de vuestros intereses era yo.

En otra ocasion, observando que Neptolemo, (1) gracias al privilegio de los cómicos de la legua, se habia revestido de la impunidad y que dirigia á la República golpes mortales y os gobernaba como si fuese un magistrado puesto por Filipo y consagrado á su servicio, me presenté de nuevo, hablé, y el resultado probó que no me habia movido ningun motivo de odio ni de resentimientos personales. No creais que acusaré á los defensores de Neptolemo, pues no hubo ninguno; os acusaré á vosotros mismos. Si; aunque hubiéseis asistido á los espectáculos de las fiestas de Baco, en lugar de venir á deliberar sobre la salud de Atenas, sobre la suerte de vuestra pátria, no habríais podido escucharnos, á él con más gusto, ni á mí con más enojo. Sin embargo, son hechos conocidos, segun creo, por todos vosotros, el que este hombre que hizo entonces un viaje al pais enemigo, so pretesto de traer de Macedonia el oro que le debian (estas eran sus palabras) para consagrarlo al servicio del Estado; el que este hombre que frecuentemente esclamaba: «¡Acusar á un ciudadano porque saca sus recursos del extranjero para traerlos á su pais, es un acto de tiranía!» el que este mismo hombre, alentado por la paz, realizó la fortuna inmobiliaria

(1) Neptolemo era á la vez buen poeta trágico y buen actor. Fué nombrado uno de los diez embajadores para ajustar la paz.

que aquí poseía, y con ella se retiró á la córte del Macedonio. Ciertamente que estos dos hechos anunciados por mí y presentados con sus verdaderos colores, atestiguan altamente la rectitud y la sinceridad de mis palabras.

Indicaré aún, atenienses, una tercera circunstancia: será la última, y pasaré en seguida á ocuparme del objeto que me trae á esta tribuna. Al regreso de la embajada que se nos confió para recibir los juramentos de la paz, algunos de mis compañeros os prometieron que se repoblaría Tespias y Platea; que Filipo perdonaría á los focidenses despues de haberlos sometido, y dispersaría los habitantes de Tebas; que Oropos se os devolvería, y que la Eubea nos sería dada en recompensa de Anfipolis; y seducidos vosotros por estas frívolas esperanzas, por estas mentiras seductoras, hicisteis traicion á vuestros intereses, á la justicia y al honor, y entregásteis la Focida. Pues bien, estraño á estas decepciones, los denuncié á todos, declaré de antemano (y bien sé que no lo habeis olvidado) declaré que tales promesas me eran desconocidas, que no creía en ellas, y que tenía el convencimiento de que el orador os alimentaba de quimeras.

Aunque es indudable que sobre estos particulares he previsto mejor que los demás el porvenir, no creais que se despierta mi vanidad, ni que lo atribuyo á una penetracion profunda. En dos causas solo, ¡oh atenienses! hago recaer todo el honor del acierto de mis presagios. La primera es la fortuna, más poderosa á mis ojos que todo el saber humano y que todos los esfuerzos del génio; la segunda, ese desinterés con el cual juzgo y reflexiono sobre todo. No, nadie podrá indicar un solo regalo que haya recompensado mis acciones ó mis palabras en el Gobierno. A esto se debe que las determinaciones importantes, que son la consecuencia natural del estado de nuestros asuntos, aparezcan siempre á mi vista sin nubes que las oculten ó desfiguren. Pero cuando por un lado ó por otro el

orador, semejante á una balanza, ha recibido dinero, este peso precipita y arrastra toda su lógica en un sentido, y desde entonces desaparecen la verdad de sus cálculos y la justicia de sus razonamientos.

Esto establecido, os preguntaréis: ¿quereis proporcionar á la República fondos, aliados y otros recursos? Pues ante todo, no rompais la paz actual; no porque yo admire sus ventajas ó la crea digna de vosotros; sino porque aunque nunca se debiera hacer, una vez ajustada, es necesario conservarla. Hemos perdido, en efecto, tan grandes elementos, que si los tuviésemos ahora, sería para nosotros la guerra el partido más fácil y seguro. En segundo lugar, ¡oh atenienses! debeis procurar que esos pueblos que componen el Congreso; que esos mal llamados anficiones no se vean obligados, ni tengan siquiera el pretexto de atacaros todos de concierto. Desde luego que si la guerra se encendiese entre nosotros y Filipo, ya por Anfipolis ó por cualquier agravio personal en el cual no entrasen la Tesalia, ni Argos, ni Tebas, no creo que ninguno de estos pueblos se armase contra nosotros..... (¡escuchad en vez de interrumpir!) y los tebanos menos que los demas. No porque sean nuestros amigos ó estén poco deseosos de ganarse la voluntad de Filipo, sino porque, á pesar de la estupidéz que se les supone, saben muy bien si se comprometen en una lucha contra Atenas, los golpes serán para ellos, mientras que el atleta se quedará espiando los instantes y los laureles de la victoria. No se lanzarán, pues, en una guerra semejante, á menos que el origen y la causa fuesen comunes. De igual modo, si tuviésemos desavenencia con los tebanos por la ciudad de Oropos ó por cualquier motivo privado, tampoco creo que tendríamos ninguna intervencion que temer. En efecto, una guerra de invasion entre Tebas y Atenas, solo determinaría á los griegos auxiliares á tomar parte en ella, y aun esto, únicamente para su propia defensa. Y hé aquí el carácter de

las confederaciones; hé aquí sus consecuencias naturales, que solo se conocen cuando se examinan á fondo. Las cuestiones de existencia y supremacía de Atenas y de Tebas, no interesan igualmente á todos los pueblos de la Grecia; y si desean la conservacion de ambas es por su propio interés: ¿habian, pues, de permitir que la victoria de una de estas Repúblicas sobre la otra les preparase sus cadenas? ¡Jamás!

Así, ¿qué debe temerse de ellos y qué debemos evitar? En mi juicio, que la guerra que sobrevenga sea motivada por un pretexto comun, por una queja general que arme á toda la Grecia contra nosotros. Porque si Argos, Mesena, Megalópolis y todas las ciudades del Peloponeso que siguen la misma política, nos amenazan con su enemistad por una negociacion entablada con Lacedemonia, y porque se figuran que queremos suplantaras; si Tebas, cuyo ódio hácia nosotros conoceis, debe odiarnos más aún porque acojimos á sus desterrados y las prodigamos pruebas de nuestra mala voluntad; si debe suceder lo mismo á la Tesalia, porque abrimos los brazos á los focidenses proscriptos, y si Filipo, en fin, se encuentra en igual caso porque Atenas le rehusa un asiento en el consejo general de la Grecia, tiemblo de que, apoyándose estas naciones en decretos anfictiónicos, y animadas por resentimientos particulares, echen sobre nosotros el peso de una guerra federal, y de que cada pueblo corra á las armas, arrastrado, como sucedió á la Fócida, contra su propio interés. Porque no ignorais que los tebanos, que los tesalios y Filipo, aunque divididos en cuanto al objeto principal, concurren todos al mismo resultado. Así los tebanos no pudieron impedir que Filipo penetrase hasta las Termópilas y las ocupase, y menos aún puede robárseles la gloria de los penosos trabajos que por él sufrieron en su última expedicion. Han adquirido posesiones, pero han perdido la honra, pues sin la invasion macedónica no tendrían nada. Sin

embargo de esto, no la deseaban; pero ávidos é incapaces al mismo tiempo de reconquistar á Orcomeno y Queronea, sufrieron esta invasion con todas sus consecuencias. Algunas personas, es cierto, confiesan que Filipo no tenía intencion de entregar estas dos ciudades á los tebanos, y aseguran que se vió obligado á ello. ¡Cuánto los protege el cielo! Yo sé que en todo esto no habia más mira de parte de él que apoderarse del desfiladero, usurpar la gloria de la guerra focidense aparentando haberla terminado, y presidir los juegos píticos. Esto es lo que ambicionaba más particularmente. En cuanto á los tesalios, desde luego que no quieren el engrandecimiento de Tebas ni de Filipo, porque lo creen igualmente perjudicial á sus intereses; pero desearian ardientemente reconquistar la anfictionia y su doble prerogativa en Delfos; y estimulados por estas miras ambiciosas, prestaron sus brazos al Monarca. Veis, pues, á cada uno de estos pueblos empujados por el egoismo, obrando contra sus deseos. Advertidos por estos ejemplos, velemos, ¡oh atenienses! sobre nosotros mismos.

¿Deberemos, pues, se me preguntará, deberemos sufrir que se nos imponga la ley? ¿Es este tu consejo? No; semejante cosa está lejos de mi pensamiento. Pero creo que nuestro deber consiste en evitar la guerra sin hacer nada que sea indigno de Atenas, en mostrar á todos los pueblos nuestra prudencia y la equidad de nuestra respuesta.

A los ciudadanos que, con los ojos cerrados sobre la guerra, piensan que es necesario afrontar intrépidamente todas las vicisitudes de la fortuna, les opondré este argumento: dejamos la ciudad de Oropos á los tebanos, y si se nos precisa á declarar el motivo, diremos que para evitar la guerra. Acabamos de ceder, por un tratado, Anfípolis á Filipo; sufrimos que Cardia sea separada del Queroneso; que los Cariatos se apoderen de Chios, de Cos y de Rodas, y que los bizantinos apresen nuestras naves; y

todo ¿por qué? Sin duda porque encontramos más ventajas en permanecer en el seno de la paz, que en provocar coaliciones y contiendas por semejantes causas. Pues bien, nosotros, que hasta aquí sacrificamos á cada una de estas naciones nuestras diferencias, cuando se trataba de nuestro patrimonio y de lo que nos era más necesario, ¿no incurriríamos ahora en el más imperdonable desacierto si fuésemos á sacar la espada, contra todos juntos, para combatir por la sombra de un privilegio?

SESTA FILÍPICA.

Introduccion.

Aunque no existe ningun testimonio evidente que lo acredite, no se puede negar que los atenienses siguieron el consejo de Demóstenes, y que no elevaron ninguna reclamacion contra el título de Anfiction concedido á Filipo.

«En una nueva arenga, dice Libanius, Demóstenes advirtió á los atenienses que debian ver en Filipo un enemigo encubierto, y no abandonarse á un completo descuido confiados en la paz. Les estimula á despertar de su letargo, á ocuparse con celo de los asuntos públicos, y tenerlo todo dispuesto para combatir. Acusa á Filipo de tramar sordamente la pérdida de Atenas y de toda la Grecia, y atestigua sus palabras con las acciones del Príncipe. Los atenienses no saben qué respuesta dar á los embajadores que acaban de recibir: Demóstenes se encarga de responder por sí mismo, y formula estas dos preguntas: ¿de dónde vienen estos embajadores? ¿Qué asunto los trae? Estas cuestiones no están aclaradas en el discurso; pero puede encontrarse su solucion en las historias de Filipo. En ellas se lee que, por esta época, el Rey de Macedonia envió una embajada á Atenas para quejarse de las acusaciones que se hacian contra él ante los griegos, suponiendo falsamente que se habia comprometido á cumplirles importantes y numerosas promesas, y que habia faltado á su palabra. Negaba estas promesas y esta falta de fé, y pedia que se presentasen las pruebas que en su contra hubiera. Argos y Mesena habian enviado, al mismo tiempo que Filipo, otra embajada á los atenienses. Estas dos ciudades tenian tambien sus quejas. ¿Por qué, decian, Atenas favorece á los lacedemonios, tiranos del Peloponeso? ¿Por qué se opone á los mesenios y á los argivos que